

Juan Carlos Onetti

Los adioses

Edición de Pablo Rocca

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

INTRODUCCIÓN	9
Del mito y de la literatura	11
Del autor, su época, su obra	15
Sobre <i>Los adioses</i>	65
ESTA EDICIÓN	81
BIBLIOGRAFÍA	85
LOS ADIOSES	93
APÉNDICE	167
Media vuelta de tuerca	169

INTRODUCCION

DEL MITO Y DE LA LITERATURA

Cuesta sobreponerse a la sucesión de imágenes de Juan Carlos Onetti que en un *crescendo*, tal vez calculado, alimentó la figura del escritor. Desde la década del sesenta esa figura se asoció a la del huraño aunque exitoso seductor de mujeres, el irónico y algo burlón, el insomne fumador y ostentoso aficionado al alcohol, el hombre delgado de trajes oscuros y corbatas finas que, al encerrarse en su apartamento madrileño, aumentó de peso y aflojó cualquier muestra de elegancia. Tales rasgos completarían una síntesis verosímil para un cuadro que reúne a los contrarios. Por un lado, la vida bohemia exhibida ante periodistas especializados —o no— y que aun fue utilizada como *marketing* editorial; por otro, el refinamiento de una escritura compleja, que nunca hizo concesión alguna a los esquemas ni a los didactismos, aunque en entrevistas y encuestas haya ensayado alguna que otra clave interpretativa y haya enlazado la idea de la experiencia particular con la de su transfiguración estética.

Pese a su parquedad, Onetti nunca fue reluciente a las entrevistas ni menos a ser fotografiado. Mientras vivió en las ciudades rioplatenses, principalmente en Montevideo —donde más se lo atendió—, su cuerpo espigado («1,80 de altura, 75 kilos», dirá el 16 de noviembre de 1942)¹, sus

¹ En carta a Julio E. Payró, en *Cartas de un joven escritor. Correspondencia con Julio E. Payró*, Montevideo, Editorial Trilce, 2009, pág. 148.

ojos miopes, sus cigarrillos, su semicalva y a veces sus sombreros se perpetuaron en los extraordinarios dibujos y caricaturas de Julio E. Suárez (Peloduro) y de Hermenegildo Sabat. Sorprendería la distancia si estas imágenes fueran alineadas junto a algunas filmaciones de los últimos años de su vida, en las que aparece acostado en su dormitorio del apartamento en el octavo piso de Avenida de América, 31, por cuya ventana podía entrever la extendida silueta de Madrid. Antes, el atildamiento y la seriedad, la estudiada pose frente a la cámara se mantiene en las filmaciones conocidas a poco de llegar a Madrid —ante Joaquín Soler Serrano—, cuando luce cauteloso, paciente y sutilmente irónico con alguna palabra que deja caer, como al descuido, con el apoyo de su mirada que, de golpe, brilla tras los gruesos lentes y el movimiento de sus labios que insinúan una sonrisa. Hacia el final de su vida Onetti reaparece distendido, juguetón, despreocupado de su muy deteriorada apariencia ante una compatriota, exiliada como él, en un documental que se editó en Montevideo². En cualquier caso, en los veinte últimos años de vida y de encierro casi completo, su español oral resistió todo lo que pudo a la norma y la fonética peninsulares, sonando como la de un «compadrito italiano», para repetir el ácido y ajustado apunte de Jorge Luis Borges, como puede apreciárselo en la pri-

(En lo sucesivo, los textos citados que se encuentran en la bibliografía se remiten, luego de la cita y entre paréntesis, por el apellido del autor/a, el año de publicación y, si el caso lo requiere, las páginas citadas.)

² La entrevista de Joaquín Soler Serrano, datada en setiembre de 1976, se encuentra disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=rbnF0XyGw7Y>> (últ. consulta: 28/11/2024). El documental *Onetti, retrato de un escritor*, construido en base a la entrevista que le hiciera Hortensia Campanella, fue dirigido por Juan José Mugni, y lo editó en Montevideo la productora Imágenes en 1990 en vhs; puede verse en: <<https://www.youtube.com/watch?v=6uelpgQG9Ho>> (últ. consulta: 22/7/2025).

mera entrevista filmada de 1972: trajeado, locuaz, atento, moviendo acompasadamente sus manos huesudas³.

Esa figura atractiva para la reproducción de historias que circulaban entre sus renovados fieles y se ventilaban en pequeñas dosis, no redundaron en narraciones biográficas de extensión. Antes de verse obligado a salir de su país, en 1975, luego de un acoso pesadillesco, el periodismo que era, en rigor, crítica literaria ejercida por lectores avezados, se ocupaba de los libros y no de la vida de quienes los escribían. Onetti le prestaba particular atención y hasta era frecuente que discutiera con la crítica, ya sea con el envío de unas pocas líneas a un periódico, ya en comentarios que hacía correr en cartas privadas, ya en declaraciones próximas o aun remotas sobre uno u otro juicio. Su peripecia personal apenas desestabilizó esa línea de lectura. Quizá las biografías le fueron esquivas —como no lo fueron con Horacio Quiroga— por el predominio de una crítica que en el ciclo 1950-1970, que coincide con el apogeo de la obra de Onetti, había tocado sus puntos más altos; tal vez por la vigilante proximidad de ese autor con aura tan peculiar.

Cuando ya no había dudas sobre su extraordinario valor salieron estudios agudos y relevantes libros colectivos. La información biográfica se hizo pública en notas y entrevistas (entre las que se destacan las muy peleadoras y simpáticas de María Esther Gilio), se deslizó en algunas cronologías (Ruffinelli, 1973) y alcanzó mucho después una cálida y animada semblanza (Prego, 1986). La hasta ahora única biografía de mediana extensión apareció unos meses antes

³ Borges hizo esa observación ante Rodríguez Monegal en 1947 o 1948 (Rodríguez Monegal, 1968, pág. 441). La entrevista filmada y convertida en filme, hoy ubicable en Internet: *Juan Carlos Onetti, un escritor*, Julio Jaimes (dirección), entrevista de Jorge Ruffinelli, 1972-1973; disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=5mxp9LS9hN4>> (últ. consulta: 30/11/2024).